

Migrantes centroamericanos sin lugar para ellos en la posada



P. Jorge GARCÍA C.,
mccj - Director



En días pasados quienes habitamos en la Ciudad de México hemos sido testigos de un hecho de proporciones enormes y de consecuencias imprevisibles: el paso de una caravana de migrantes, centroamericanos en su mayoría. Son miles de hermanas y hermanos nuestros, entre ellos niños, ancianos y enfermos, que dejan atrás una realidad de inseguridad, violencia, de muerte y de pobreza extrema.

La mirada y los pasos de los protagonistas de este éxodo de dimensiones bíblicas, muy parecido al que tiene lugar en varios países del norte de África, señalan a un punto geográfico y humano que para ellos representa un sueño; la utopía de una vida mejor en todos los sentidos.

Para entender un poco más este fenómeno y prestar voz a esta gente si voz, quienes trabajamos en las revistas *Esquila Misional* y *Aguilucho* nos acercamos al grande e improvisado campamento instalado en la Ciudad Deportiva de la Magdalena Mixhuca.

Lo que ahí vimos y oímos nos conmovió profundamente. Cada familia, cada persona, repre-

sentaba un drama y, al mismo tiempo, hablaba de la firme esperanza de quien se siente acompañado por Dios. Mismo que se les ha manifestado a lo largo del camino para darles la fuerza de seguir adelante y en la caridad y la solidaridad de tantas personas de buen corazón. De ellas han recibido no sólo aliento sino también alimentos, bebidas, ropa, hospitalidad. Modos concretos de hacer menos duro y triste el camino por el que se han aventurado y seguirán recorriendo hasta la frontera norte.

Dentro de pocas semanas celebraremos la Navidad. Fiesta en la que recordamos que la Palabra de Dios hecha carne ha puesto su tienda entre nosotros. Aquél que vino a los suyos, pero los suyos no lo reconocieron. El Dios niño que, peregrino en el vientre de su madre, tuvo que nacer en una cueva, un destartalado establo porque no hubo lugar para ellos en la posada. El mismo que poco tiempo después de haber nacido tuvo que huir a Egipto en un viaje en sentido contrario al de los hebreos, pueblo al que Él pertenecía.

El desprecio, la desconfianza, los insultos y la falta de solidaridad de muchos de nuestros connacionales que usan las redes sociales para aumentar la animadversión hacia estas personas, no hacen otra cosa que estimular el compromiso de tantos de nosotros que queremos hacerlos sentir en casa, que los recibimos con el corazón y los brazos abiertos porque vemos en ellos a Jesús. Algo muy distinto a lo que por cálculos mezquinos se ha dicho en las altas esferas de nuestra política.

Acogerlos, darles posada, abrirles nuestra casa, es quizá una de las mejores maneras de celebrar la próxima Navidad. 🛎